

Friedrich Nietzsche (1844-1900)

Del porrazo quedé sin sentido

El código genético, como le sucede a cualquier otro quidam, vino abarrotado de posibilidades que mi precisa biografía fue paulatinamente concretando. Así, en el léxico que madre, Maria Genís Serra, iba destilándome había dos palabras que destacaban por ser venerandas: *Dios* y *Jesús*, el “Señor-de-todo” y el “Amador-solicito”. Semántica ciertamente imprecisa de ambos significantes aunque cargados, los dos, de emociones conmovedoras. Con mis progenitores asistía a las ceremonias litúrgicas —*Eucaristía* o Misa, particularmente— y en compañía suya recibí la Primera Comunión en el Santuari de Núria en junio de 1934. Había cumplido seis años y seis meses. La preparación catequética y una primera confesión —*sacramental*, advierto a los rústicos y groseros— confesión de pecados infantiles y primerizos, reforzaron mi ingreso en el cristianismo.

Construyeron y acrecentaron una plataforma encima de la cual se levantaría mi vida biográfica, empapada desde sus cimientos de los afectos que me dejaron atado a madre y a padre. No podía discernir sentimentalmente entre el amor de los progenitores y el amor de Dios: ambos amores quedaron abrazados en el fondo endotímico. Únicamente los tres años de Guerra Civil española, que viví en una casa de campo más que rústica apartada del villorrio natal de Alforja, colocaron un entreparéntesis en mi formación cristiana. Padres en Barcelona; yo con mi abuelo paterno y una fémina analfabeta y anciana del pueblo, entre fríos y calores, pájaros y perros, lluvias y vientos. Ni iglesia ni tampoco escuela. Tres años de naturaleza, alejados de la civilización dentro de lo posible. Pero mis padres seguían amándome y con su afecto respetaba yo al Todopoderoso Dios y saboreaba el afecto de Jesús. Se extravió, esto sí, la impresión de pecado. El mundo natural es paradisíaco; es decir, desconoce bien y mal. Concluida la Guerra Civil, no obstante, muy pronto se presentó la moral con el bien y el mal y con ellos nuevamente la percepción de pecado. El cristianismo lo sentí entonces como una contienda entre cielo e infierno; las ilustraciones de libros catequéticos y de estampas religiosas se referían frecuentemente al Juicio Final y a sus opuestas consecuencias. O bienandanza definitiva o bien desventura inalterable. Entre ambas, una sima insalvable.

Por lo que fuera, decidí hacerme escolapio. El cristianismo adquirió así un cariz sabio a la vez que ascético. Siete años de seriedad intelectual —estudios filosóficos, teológicos, bíblicos— y de práctica ascética —ayunos, penitencias y oraciones—. Abandoné los centros de estudios superiores escolapios en junio de 1950 para ingresar muy pronto en la Universitat de Barcelona donde obtuve la licenciatura en Filosofía y Letras en 1956 alcanzando el título de Doctor en 1961.

Estudiando en los Centros de Estudios Superiores de los escolapios, con el libro del *Génesis* en hebreo, pasé días dándole vueltas a la primera palabra: *Bere'shit*. Me hechizó el curso bíblico. Año 1948. Las traducciones habituales se me antojaron hechas a la ligera. Así la de San Jerónimo en su Biblia, denominada *Vulgata* —la “divulgada”—, redactada en Belén entre el 390 y el 405, donde dice en latín:

In principio creavit Deus caelum et terram.

Verdad es que el vocablo *Principio* en epistemología significa *aquello que explica no teniendo necesidad de ser explicado*, pero tantas veces había caído yo en la trampa de entenderlo en sentido cronológico que quise hurgar más en el término hebreo *Bere'shit*. La versión castellana se vale de *Al principio* como la catalana, *Al principi*. Estas traducciones me han hecho pensar en horario de trenes: el *primer AVE* Barcelona-París sale a las ... En cambio, la Biblia francesa Bayard —Paris 2001— se sirve de una palabra por lo menos interesante: *Premiers*. La versión griega de la Biblia judía —*Torah*— realizada en la ciudad de Alejandría, reinando Ptolomeo II Filadelfo, a principios del siglo III a.C. tradujo el término *Bere'shit* con la palabra *arkhé*. Esto ya se me antojó considerable. Según los clásicos griegos, *arkhé* fue lo supuesto en toda presencia y a su vez lo rector de toda presencia. Algo así como el *Grund* alemán o el *fundamentum* latino, aquello que funda y sostiene el resto del edificio, físico o bien mental.

Bere'shit, primer vocablo de la Biblia hebrea. *Be* era: “en”. *Ro'sh*: “cabeza”. *En tanto que cabeza u comienzo de cuanto hay ¿qué colocamos?*, y prosigue el texto:

Elohim-Dios creó —“Bará”— cielos —“HaShamayim”— y tierra —“Ha'Arets”—.

La palabra *Dios* de mi madre adquiriría de tal guisa un tono más intelectual —denotación del significante *Dios*— sin menoscabo de su mundo emocional —connotaciones de dicho significante—. Dios era Amo y Señor de todo porque todo lo había colocado en la existencia arrancándolo de la pastosa nada —*tohú wabobú*—, “insignificancia del *no-ser*”, de que habla el versículo segundo del primer capítulo del Génesis bíblico.

Una cosa destaca de cuantas hizo Elohim-Dios: el *Adam*, el *Terroso*; es decir, el ser humano:

Dijo Dios:

Hagamos un adam

a nuestra imagen —“tselem”—

como semejanza —“demut”— nuestra. (Génesis, 1, 26).

Tselem posee carga material, plástica; por este motivo se añade el término *demut*, el cual es más abstracto.

No le salió, no obstante, a Dios muy bien que digamos este producto a pesar de haberlo confeccionado a su imagen y semejanza. Varón y hembra desobedecieron a *Yhwh* —nombre propio del dios de Israel—, a *Elohim* —nombre común de dios en la región—. Pecado. Culpa. De esto habíame hablado también mi madre. Ahora había adquirido, con todo, un tono sabio. El ser humano es pecador, ¿de suyo? ¿por accidente?. Hobbes contra Rousseau.

Y Yhwh-Dios lo expulsa del jardín de Edén para que trabaje la tierra de donde lo había sacado. (Génesis, 3, 23-24)

La calamidad quedó consumada. ¿Cómo salir de apuro tan terrorífico, tan pavoroso?

En 1949 estudiamos en los Centros de Estudios Superiores de los escolapios al Nuevo Testamento, pero trabajamos solamente el evangelio atribuido a Lucas; esto sí, en la lengua griega del original. No entramos, pero, en el estudio de las *Cartas* de Pablo de Tarso.

Finalizados mis estudios de escolapio no tenía otro conocimiento de Pablo que el proporcionado por las cartas —*Epístolas*— leídas durante la liturgia de la eucaristía, o

misa que dice la gente. A finales de los años 50 del siglo XX descubrí —alguien me habló de él— al teólogo calvinista Karl Barth (1886-1968), quien nació y falleció en la ciudad suiza de Basel —Basilea—. Me elogiaron su obra *Romerbrief* —*Carta a los Romanos*—, comentarios a *Epístola a los romanos* de Pablo de Tarsos. Aquellos días comenzaba, yo, a agobiarme por un Dios que expulsó a los humanos del ámbito de la felicidad: Yhwh, Señor de todo, castiga desproporcionadamente al pecador. Tal fue mi parecer.

Compré *L'Épître aux Romains* de Barth en Roma pero en versión francesa. Creo recordar que fue en una librería sita en la *Via Conciliazione*. Me dije después de ojear el libro de Barth: lo que tengo que hacer es leer en griego la carta que Pablo de Tarso envió a los cristianos de Roma el año 57 desde la ciudad de Corinto. Dispuse del texto griego y asimismo del francés, del catalán y del castellano.

Justificados —“dikaiosyne” en lengua griega— *por la fe, estamos en paz con Dios gracias a nuestro Señor Jesús Cristo...*

Cuando estábamos sin fuerzas, entonces, en el momento decidido, Cristo murió por los hombres culpables...

Ahora que Dios nos ha justificado por la sangre de Cristo quedaremos salvados de su cólera. (Romanos, 5, 1-11)

Estudiando esta misiva paulina inicié paralelamente mis lecturas de Heidegger. Leyendo *Holzwege* en lengua francesa —*Chemins qui ne mènent nulle part*—, me topo con una larga cita que Heidegger hace del *Gai Savoir* —*Die fröhliche Wissenschaft*, 1882— de Friedrich Nietzsche:

¿N'avez-vous pas entendue parler de ce forcené, qui, en plein jour, avait allumé une lanterne et s'était mis à courir sur la place publique en criant sans cesse:

“Je cherche Dieu!. Je cherche Dieu!”? Comme il se trouvait là beaucoup de ceux qui ne croyaient pas en Dieu, son cri provoqua une grande hilarité.

L'as-tu donc perdu? disait l'un?... Ainsi criaient et riaient-ils tous...

Le forcené sauta au milieu d'eux et les transperça de son regard.

Où est allé Dieu?

Nous l'avons tué —vous et moi—!. Nous tous, nous sommes ses assassins!. Mais comment avons-nous pu boire d'un trait la mer tout entière?...

N'errons-nous pas comme à travers un néant infini?. Le soufflé du vide ne nous effleure-t-il pas de toutes parts?...

Ne sentons-nous toujours rien de la décomposition divine? Car les dieux aussi se décomposent! Dieu est mort! Dieu reste mort! Et c'est nous qui l'avons tué!...

Ne sommes-nous pas forcés de devenir nous-mêmes des dieux pour du moins paraître dignes d'eux?

Il n'y eut jamais acte plus grandiose...

On raconte encore que le forcené aurait pénétré le même jour dans différentes églises et aurait entonné son "Requiem aeternam deo"...

Que sont encore les églises, sinon les tombes et les monuments funéraires de Dieu?

He aquí como Nietzsche se me plantó delante de manera salvaje sin que andara, yo, a su caza. De golpe y porrazo caí en la cuenta de que podía convertirse en el desbaratador de mi fe cristiana echándola por tierra. Habíame clavado, sin embargo, el agujijón; sentí de inmediato el acicate de la curiosidad por sus libros. Me convertí en figón de su obra. Comencé a leerla como quien no quiere, sin orden ni concierto, a la buena de Dios. Adquirí libros suyos en francés, de las editoriales Mercure de France, Aubier y Gallimard.

El Dios y el Jesús de mi madre podrían irse a pique como así mismo el *Khristos*, el *Mashiyah*, —el *Ungido*— de San Pablo. ¿No podía de esta forma rasgarse también mi fondo endotímico sangrando la misma presencia de mis progenitores, especialmente la de mi madre? ¿resultaría posible seguir de pie?.

Más tarde aparecieron traducciones de Nietzsche al castellano en Alianza Editorial; adquirí algunas como *Ecce homo*, *Así habló Zaratustra* y *El crepúsculo de los ídolos*. No compré, en cambio, las *Obras completas* que editó Aguilar. Era como si jugáramos al gato y al ratón. Prefería, por otra parte, las versiones francesas. Cuando la Editorial Laia, de Barcelona, sacó a la luz en catalán *La genealogía de la moral* y *La Gaia Ciència*, me hice con ellos.

Sufriría además otro percance en menos que canta un gallo. Quedaría sacudida también la filosofía que había cursado en la Universitat de Barcelona: Platón,

Aristóteles, San Agustín, Tomás de Aquino, Descartes, Kant, Hegel... Un texto de la *Metafísica* de Aristóteles (Libro IV) habíame seducido particularmente y me vertebró:

Hay cierto saber y entender que considera el ser —“to on” y no “ta onta”— en cuanto ser...

Ninguno de los demás saberes investiga de modo general acerca del ser en cuanto ser...

Puesto que buscamos los principios —“arkhai”— y las causas —“aitiai”— supremas, es claro que los tales principios y causas necesariamente son los principios y causas de un cierto salir a la luz —“physeos tinos”— del ser o presencia...

El ser —“to on”— se dice, ciertamente, de múltiples maneras, pero todo por relación a un solo principio; unas cosas se manifiestan como ente —“ta onta”— porque son substancias —“ousiai”—, otras porque son cosas que le acontecen a una substancia —“ousia”—...

De un solo saber es considerar lo ente —“ta onta”— como ente —“ta onta”—. El saber es fundamentalmente de lo primero y de aquello de lo cual pende lo demás y a través de lo cual lo demás es dicho.

Este texto, legitimador de la metafísica o saber que pretende ir más allá de toda posible experiencia, padecería igualmente el asedio de Friedrich Nietzsche. Me sentiría asaltado, en consecuencia, por mi costado cristiano y por mi flanco metafísico. Comprendo que a las lagartijas nada les digan tales extremos pero, claro, es cuestión de lagartijas.

Noté en mis entrañas que Nietzsche a pesar de causarme dolor me seducía y fascinaba. Hurgué en las profundidades del alma para descubrir cómo resultaba posible tan extravagante situación y caí en la cuenta de que, en el fondo, yo había gozado siempre desobedeciendo, fuera a padre o a madre, al cura o al maestro. Y, de mayor, a la Constitución Española o a los Diez Mandamientos de Dios. Lo de consideración era in en contra, desacatar, transgredir, hacer caso omiso, rebelarse y saltárselo todo a la torera. Esto me producía un considerable placer. Quizás fuera por eso que Nietzsche me deslumbró.

Un día adquirí *Die fröhliche Wissenschaft* (1882) —*Le gai savoir, La Gaya Ciencia*— y me metí en su entraña con audacia, con osadía, con atrevimiento por poco

suicida. Las citas que traigo a continuación están sacadas de la edición que hizo, en 1997, la editorial Flammarion.

El texto de Heidegger antes mencionado, con la extensa cita de Nietzsche, me hizo pensar que encontraría un gran alegato contra la creencia en Dios; pero no fue así. Me atrevo a decir, con sorpresa mía, que es cuestión más bien de una especie de teoría del conocimiento, por cierto interesante, incluso turbadora. La epistemología que me habían enseñado reposaba encima de dos presupuestos, que Nietzsche negará: *Unas cosas son idénticas a otras* y *Todas las cosas son idénticas a sí mismas*. Él dirá a lo primero: *unas cosas son “parecidas” —“no idénticas”— a otras*. A lo segundo responderá: *nada es idéntico a sí mismo puesto que toda realidad cambia constantemente*.

Para mi existir cotidiano resultaba indispensable que “*A fuera idéntico a A*”, y que, en última instancia, una realidad suprema diera cuenta de no importa qué proceso o cambio, fuera real o bien mental. Las doctrinas de Platón y de Aristóteles las llevaba enraizadas no sólo en mi intelecto, mas igualmente daban aliento a la vida biográfica de todos los días. Desnudo de *Principio de identidad* y desprovisto de un *Último sostén de todo*, o Absoluto, me palpé desamparado y navegando a la deriva, sin noray que me retuviera en puerto seguro, firme.

Comenzaba a hacerme cargo del grito del loco: ¡*Dios ha muerto!*!. Obedecer a la voz de la conciencia es asunto del populacho, del rebaño, el cual desea ser útil a los demás con el tremendo riesgo de destruirse a sí mismo. ¿Cuál sería mi nuevo rumbo existencial?: *saber vivir*, me respondió Nietzsche, *desde*:

l’art et la force merveilleuse de créer de dieux.

Suprimido el monoteísmo judeo-cristiano —!*Dios ha muerto!*— es preciso ponerse a vivir del politeísmo pagano. Hay que glorificar la existencia de cada quien. El instinto fundamental del hombre, de cada ser humano en singular, no es otro que la voluntad de poder egoísta.

Tuve la impresión que Nietzsche en *Gaya ciencia* llevaba a cabo una inmensa labor de deconstrucción de las seguridades, falsas seguridades, de nuestra sociedad. Ni el Dios cristiano, ni tampoco la Razón ilustrada, valen; son embustes eficacísimos y nada más.

Nous, philosophes et “esprits libres”, nous sentons, à la nouvelle que le “vieux dieu” est “mort”, comme baignés par les rayons d’une nouvelle aurore...

L’horizon nous semble enfin redevenu libre, même s’il ne pas limpide; nos navires peuvent de nouveau courir les mers.

Friedrich publicó este libro —*Die fröhliche Wissenschaft*— en 1882 habiéndolo escrito durante los primeros meses del mismo año en la ciudad de Génova donde, según información suya, *había pasado el más prodigioso mes de enero de su vida.*

Leí la versión de 1887 —segunda edición realizada en Leipzig— la cual añade a la primera un prefacio, un quinto libro —la primera edición sólo contaba con cuatro— y un epílogo que lleva el título de *Canciones del príncipe proscrito*. El título del libro cuarto, *Sanctus Januarius*, viene a cuento porque significa lo bien que lo pasó durante el mes de enero de 1882 en la luminosa población italiana de Génova. Estaba encantado; vivió en exaltación.

La deconstrucción que lleva a cabo Nietzsche, en esta obra, conlleva una transmutación de valores en la raíz misma de éstos. Escribió:

La science aussi repose sur une croyance...

La conviction qu’ “il n’y a rien de plus nécessaire que la vérité, et que par rapport à elle, tout le reste n’a qu’une valeur de second ordre”.

Cette volonté inconditionnée de vérité: qu’est elle? Est-ce la volonté de “ne pas être trompé”? Est-ce la volonté de “ne pas tromper?...

Mais pourquoi ne pas tromper?. Mais pourquoi ne pas être trompé?...

Volonté de vérité; cela pourrait être une secrète volonté de mort.

Secreta voluntad de muerte, muerte de las potencialidades de cada sujeto humano en su singularidad.

Cae en la cuenta, Friedrich, de que la *Voluntad de verdad*, sobre la que se apoya la ciencia, remite a la moral y entonces se interroga así:

À quoi tend la morale, si la vie, la nature, l’histoire sont “immorales”?...

“Affirme en cela un autre monde” que celui de la vie, de la nature et de l’histoire; et dans la mesure où il affirme cet “autre monde”, comment ne doit-il pas, par là même, nier son opposé, ce monde, “notre” monde?...

C'est toujours sur une "croyance métaphysique" que repose la croyance à la science.

No extraña que llegado a este punto de la deconstrucción —y antes que Freud, por cierto— escriba:

Nous sans-dieu et antimétaphysiciens lucharemos contra:

la croyance chrétienne, qui était aussi la croyance de Platon, que Dieu est la vérité.

Porque a la postre:

Et si Dieu lui-même s'avère être notre plus long mensonge?

La calamidad la había originado Sócrates, el cual inmovilizó el fluir de la vida. Lo que era simplemente cambio lo convirtió en Ser —*Sein*— estático, inmóvil, eterno, el cual se mudó en *El Bien* en la medida en que era puro; es decir, sin mezcla de mudanza —*Werden*—. Así nació una moral —la cristiana— cuya finalidad no era otra que disolver la vida en el *Más-Allá* del Ser Puro. Pero, no ha sido así porque el elemento dionisiaco que anida en lo humano, imposible de disolver en algo racional —*unbergründbar*—, se ha sublevado contra la moral falsa. Dionysos ha triunfado; la voluntad viva del instinto, el movimiento *hic et nunc* —“de aquí y ahora”— ha vencido. Al fin y al cabo la vida vivida no conoce otra realidad que la de las situaciones concretas. Esto explica que:

Le plus gran événement récent —le fait que "Dieu est mort", que la croyance au dieu chrétien a perdu toute crédibilité— commence déjà à répandre sa première ombre sur l'Europe.

El libro *La Gaya Ciencia* me clavó el puñal de la duda, de la incertidumbre, de la vacilación, en el cerebro. Mi existencia vital, además, quedó trastornada, estremecida. Desprovisto de solidez y de evidencia, tenía que tirar adelante con una

vida llena de rupturas y de aventuras; había que caminar a monte traviesa, a la buena de Dios.

Llevaba tiempo con ganas de visitar la población suiza de Saint-Moritz —*Sankt Moritz* en alemán; *San Murezzan* en lengua romanche— situada en la Alta Engadina. ¿Por qué se me había despertado curiosidad tan precisa? por un motivo infantiloides: cuantas veces vi un póster ilustrado con una dama esquiando con faldas y a un señor con pantalones de golf practicando el mismo deporte —cosas de comienzos del siglo XX— me palpé atraído por la población citada en el póster, la cual era precisamente, Saint Moritz. Allá me dirigí con mi hermana Maria quien disponía ya de un Golf. Recorriendo la región llegamos al pueblo de Sils-Maria tocando al lago *Sils*. De sopetón, una casa en la cual se leía una inscripción que informaba que allí Nietzsche había residido entre 1881 y 1888. ¡Caray con la chiripa!

Merodeando por los alrededores del lugar, una señora que acabó leyendo el mismo rótulo observado ya por mí. Resultó ser una Profesora joven de la universidad italiana de Padova que trabajaba en una Tesis Doctoral sobre Friedrich Nietzsche. Hablamos de Giuseppe Flores d'Arcais y de Anna Maria Bernardinis, Profesores de su Universidad que ambos conocíamos. Pero lo más substancioso fue la información que pude obtener acerca de Friedrich.

Cuando mi hermana y yo partimos en dirección a Como llevaba conmigo bibliografía de Nietzsche y sobre Nietzsche, amén de apuntes que tomé durante la larga conversación con la Profesora de Padua. Encontrándonos, Maria y yo, en el interior ya del automóvil, me aconsejó todavía la italiana:

—Por Dios, no deje de leer *Zur Genealogie der Moral*.

—He leído únicamente —le respondí— la *Gaya Ciencia*.

—¡No olvide mi advertencia!

Y nos lanzamos en dirección al muy agradable lago de Como que abarca 146 kilómetros cuadrados abrazados por un color verde parturiente.

En Barcelona confeccioné una bibliografía de Nietzsche ordenada cronológicamente. Sólo me preocupé de los libros más significativos. Vería qué obras leer. Mi pretensión era humilde pues no aspiraba a realizar un estudio erudito sobre el pensador alemán nacido en Röcken en el actual *land* de Thüringen, territorio de la fallecida República Democrática Alemana —R.D.A.—, la que fue comunista. Me

bastaba con poseer un cierto conocimiento directo del mismo, de cara a mi docencia universitaria —*Filosofía de la Educación*—. No me eran suficientes los refritos; quise conectar con él.

- Die Geburt der Tragödie* (1872); “Nacimiento de la tragedia”.
- Menschliches Allzumenschliches* (1879); “Humano, demasiado humano”.
- Morgenröte* (1881); “Aurora”.
- Die fröhliche Wissenschaft* (1882); “La Gaya Ciencia”.
- Also sprach Zarathoustra* (1885); “Así hablaba Zaratustra”.
- Jenseits von Gut und Böse* (1886); “Más allá del Bien y del Mal”.
- Zur Genealogie der Moral* (1887); “La genealogía de la moral”.
- Götterdämmerung* (1888); “El crepúsculo de los ídolos”.
- Ecce Homo* (1888); “Ecce Homo”.

Aquellos años andaba yo convencido de que la biografía de un autor ayudaba sobremanera a inteligir su producción. El día 15 de octubre de 1844 nació en Röcken cerca de Leipzig. Fue el hermano mayor de los tres hijos que tuvieron el pastor protestante Karl-Ludwig Nietzsche y su esposa Franziska; a los dos años nació su hermana Elisabeth. El hermano menor, Joseph, falleció pronto, en el mismo año que su padre, en 1849. Friedrich contaba cinco años. La familia se traslada entonces a Naumburg, en las orillas del río Saale, afluente del Elba en su margen izquierdo. Mujeres: la mamá, una abuela, dos tías y su hermanita Elisabeth. Mucha ternura femenina. ¿Demasiada?.

A los trece años abandona el hogar e ingresa en el centro escolar de Pforta donde estudiaron el filósofo Fichte (1762-1814) y el historiador Ranke (1795-1886). Gozó de una beca. Vida dura sin los mimos del hogar. Latín y griego. Música. Y, desde luego, lengua alemana. En 1864 concluye los estudios secundarios ingresando en la universidad de Bonn, en la orilla izquierda del Rin —Rhein—. Destaca el Profesor de filología, Ritschl. Entonces decide no ser pastor protestante, como su progenitor, sino filólogo. Cuanto el Profesor pasa a la ciudad de Leipzig, él le sigue. Trabajó, en griego, a Homero y a Hesiodo.

El azar lo llevó a conocer el alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860) en una librería mientras buscaba escritos. La obra en cuestión fue *Die Welt als Wille und Vorstellung* —“El mundo como voluntad y como representación”—.

La música de Richard Wagner (1813-1883) le fascina. Servicio militar. Accidente de caballo y vuelta a la vida civil. Le presentan al músico Wagner en 1868. Acaba venerándolo.

Gracias a su Profesor de Filología, Ritschl, a los 24 años pasa a ser Catedrático extraordinario de la Universidad de Basel —*Basilea* en latín; *Bâle* en francés—, dentro de Suiza. Corría el año 1868. Enseñó filología clásica hasta el año 1879 en que su salud le forzó a dimitir. Dos colegas universitarios le llamaron la atención: Jakob Burckhardt y Franz Overbeck. Este segundo fue Profesor de Historia de la Iglesia pasando a ser amigo de Friedrich-Wilhelm Nietzsche a lo largo de toda la vida. Burckhardt ha sido el importante especialista de Historia del arte y de la Civilización dejándonos trabajos considerables en torno a la Grecia Clásica y sobre el Renacimiento.

En 1869 comienza a frecuentar la casa de los Wagner —Richard y su esposa Cósima, hija de Liszt—, en Tribschen, cerca de la simpática y pintoresca ciudad suiza de Luzern —Lucerna— colocada cabe al lago de los Cuatro Cantones. Con Antonieta he visitado emocionadamente el recoleto rincón, en 2012. Wagner y Nietzsche, dos volcanes. Este segundo acabó enamorándose apasionadamente de Cósima, su “Ariana”. Cuando pierde la razón en 1889 se atreve a escribir: *Ariana, te amo*.

En 1870, al entrar Alemania en guerra con Francia, “Guerra franco-prusiana”, Nietzsche se presenta como camillero voluntario a pesar de haber adquirido ya la nacionalidad suiza. Cae enfermo. Esta dolencia ¿fue el inicio de sus persistentes achaques de cabeza y de estómago?.

El día dos de octubre de 1870 las tropas de Vittorio-Emmanuele II entran en Roma después de derrotar a las del Papa Pío IX: *Unidad política italiana*.

Nietzsche se restablece en Naumburg donde su familia le cuida. Pronto regresa a Basel a fin de proseguir la docencia académica. Al publicar en 1872 *Die Geburt der Tragödie* —“Nacimiento de la tragedia”—, el matrimonio Wagner le felicita efusivamente. Después abandonan la suiza Tribschen por la alemana Bayreuth, en la Baviera, donde gracias al rey Luis II de Baviera se levanta un teatro modélico. Nietzsche asistió al concierto que allí dio Wagner aunque comenzara ya a distanciarse de él. En 1875, y a pesar de su decaído estado de salud, asiste todavía en Bayreuth a la representación de la tetralogía de *Der Ring des Nibelungen*. Le irrita el orgullo exasperado de Wagner y huye hacia Italia, concretamente residirá en Sorrento,

provincia de Nápoles. En el año 1878 se produce la ruptura definitiva con Richard Wagner.

La falta de salud no le permite proseguir como Profesor universitario y en 1880 dimisiona. La universidad de Basel le concede una pensión vitalicia. Se dedica de lleno a la producción de su obra. A lo largo de diez años lleva una vida errante pasando el invierno en Italia o en la costa mediterránea francesa, la primavera en Venecia y el verano en la suiza Engadina.

En la tranquila población suiza de Sils-Maria, en la Alta-Engadina, paseando por la orilla del embelesador lago Silvaplana tiene, de repente, la visión mental del Eterno Retorno. El ser humano no fallece; revive sin final su biografía. Corría el año 1881. El descubrimiento le alegra.

Al año siguiente, 1882, en Roma —en la Basílica de San Pedro— descubre a la finlandesa —Finlandia era rusa; lo fue hasta 1917— Lou Salomé. Mujer hermosa, inteligente y seductora. Persiguió a Rilke, a Freud y a Nietzsche. Éste quedó perdidamente prendado de la joven cautivadora. El día cuatro de agosto de 1882 le escribe desde Tautenburg:

Quería vivir solo. Pero, he ahí que el querido pajarillo Lou se ha cruzado en mi camino y he querido ver en ella a un águila. He decidido que el águila se quede conmigo.

Ven. Sufro demasiado de haberte hecho sufrir. Juntos soportaremos mejor el dolor.

Siguieron dos declaraciones de amor, seguidas de dos rechazos por parte de la rubia finlandesa. No pudo ser más explícita: *Me interesa, usted, como pensador tanto como me repugna como hombre*. Nietzsche ha cumplido 38 años; creyó ingresar en un mundo nuevo, lleno de sol, pero no hizo otra cosa que adentrarse en una noche más espesa que la ceguera. Se refugió en Rapallo, en la *riviera* de Liguria. Amarillo rojizo del sol y azul penetrante del mar.

Su cerebro se degrada. La correspondencia de 1888 lo pone en evidencia. En enero de 1889 se produce la catástrofe; aconteció en la ciudad de Turín. Saluda a los viandantes diciéndoles:

¡Sono dio!

Se abraza llorando al cuello de un viejo caballo de tiro. Congestión cerebral. Quiere ocupar el lugar vacante del fallecido Dios. Overbeck, su fiel amigo, el día 8 de mayo de 1889 se traslada a Turín. Le internarán en una clínica mental de Basel, Suiza. Su madre se hace cargo de él llevándose a Naumburg. Al fallecer aquélla, su hermana Elisabeth cuidará de él en la ciudad alemana de Weimar, ciudad de Goethe, de Schiller, de Herder, de Liszt, de Gropius y también de Friedrich Nietzsche. El día 25 de agosto de 1900 fallece en brazos de su hermana. Enterrado en Roecken cerca de la tumba de sus progenitores y del templo donde predicaba su padre y donde él vivió, de pequeño, la fe cristiana.

Le hice caso a la joven Profesora italiana. Juntamente con *Zur Genealogie der Moral* —*La Genealogía de la Moral*, en catalán, Editorial Laia; “Textos filosòfics”— adquirí una reproducción del retrato al óleo que le hizo el pintor Hans Olde (1885-1917) cuando Friedrich ya estaba a tocar del muro inquebrantable. Fue en 1899. El original se conserva en Weimar, en el Goethe-Nationalmuseum. Se halla tumbado aunque con el tórax incorporado; mirada que contempla con fulgor salvaje al futuro vestido, éste, de nada inútil. Mostachos enormes. Durante unos años tuve a la vista esta copia en mi despacho de trabajo.

Escribió *Zur Genealogie der Moral* entre julio y noviembre de 1887 mientras leía a Dostoievski y viajaba por el Lago Maggiore, Zürich, Sils-Maria, Venezia y Nice. Yo tenía la versión alemana según la edición, en libro de bolsillo, de Wilhelm Goldmann Verlag, de München. Finalmente me fié, dado mi escaso alemán, de la publicación de Alianza Editorial (1978) de Madrid. Disponía ya, además, de la traducción al francés que llevó a cabo la Editorial Gallimard, de París, en 1966. En general, traigo las citas, empero, en catalán, texto que compré en 1981 así que salió.

La obra, de hecho, es la suma de tres tratados precedidos de un breve Prefacio. Un estilo que es propio más bien de la argumentación que del aforismo y de la poesía que aparece en otros libros.

El *Prefacio*, redactado en Sils-Maria en julio de 1887 en la Alta Engadina suiza, señala cuáles fueron sus preocupaciones morales más apremiantes:

Necessitem una “crítica” dels valors morals; “cal qüestionar el valor intrínsec d’aquests valors”...

Cal un coneixement de les condicions i de les circumstàncies de les quals sorgiren aquests valors.

Me sorprendió —aunque por otra parte el título de la obra lo daba ya a entender— que abordara únicamente la génesis de la axiología vigente en Europa como si el nacimiento ya diera cuenta de la totalidad de una criatura. Con todo, poco antes de cerrar el Prefacio avisa:

El dia que puguem dir de tot cor: “Endavant!. També la nostra moral antiga pertany a la comedia”, aquest dia haurem descobert un nou nus i una nova possibilitat pel que fa al drama dionisiac del “destí de l'ànima”.

Se me patentizó que su objetivo no era otro que el de dejar en sus puras carnes la farsa moral de nuestros valores occidentales. Me interné en el texto a la vez con recelo y con espíritu fisgón. Lo devoré de un tirón. En un pocos días seguidos. Mi formación y convicciones ofrecieron resistencia pero cada vez resultó más difícil prensar y reducir el conflicto surgido; al final éste explotó de un puñetazo.

El primer tratado aborda los conceptos de *bueno* y de *malo*. Trabaja a la vez con las etimologías —incluido el griego— y con los datos históricos.

La idea de *bueno* nació del alma de los fuertes y nobles, de los distinguidos, los cuales se palpaban *buenos* con respecto a los inferiores, plebeyos y viles, quienes pasaban a ser automáticamente *malos*. Queda marginado cualquier análisis metafísico, más allá de toda posible experiencia.

Pensaba en mis adentros: quienes no leen reflexivamente, jamás pueden romper las cadenas de los inicios. Otros me hubieran aconsejado no leer libros prohibidos. Vedados ¿por quién? y ¿con qué intención?. Pensé con Virgilio en la *Eneida*:

Audentes fortuna juvat.

(“La suerte ayuda a los audaces”)

Y Friedrich Nietzsche:

Foren “els bons”; és a dir, els nobles, els poderosos, els qui gaudien d’una posició i d’uns sentiments superiors... en contraposició a tot allò que era baix, vulgar i plebeu.

Así fueron los comienzos de *bueno* y de *malo*, pegados, diría, a la naturaleza. ¿Qué seísmo sociohistórico rompió esta concepción prístina llena de naturalidad? ni más ni menos que la *casta sacerdotal* encarnada especialmente en el pueblo judío —no ver en esto al antisemitismo nazi; de hacerlo, sería caer en la precipitación. Lo tuve muy presente—. Este pueblo hebreo había quedado sometido a nobles guerreros, poderosos —dominaciones babilónica y persa— a los que odió con profundo resentimiento y se vengó de ellos invirtiendo sus valores. La moral aristocrática equiparaba *bueno, poderoso, noble* y *dichoso*. Los judíos le dieron la vuelta sosteniendo que únicamente eran *buenos* los *inferiores* y *miserables*. Ésta fue la rebelión de los esclavos quienes acabaron imponiendo su axiología predicada exitosamente por el judío de Nazaret, salvador de cuantos sufrían. El populacho —vulgar mediocridad— quedó seducido.

El método heurístico seguido por Nietzsche es el de las infraestructuras o método de la sospecha; del síntoma se salta a su explicación causal, la cual no aparece a primera vista. Esto habíalo ya descubierto, yo, como procedimiento en Marx y en Freud. Tal metodología la he estimado acertada tratándose de Ciencias empírico-humanas o sociales o históricas.

Nietzsche:

Els judicis de valors dels cavallers i dels aristòcrates tenen com a pressupòsit el vigor...

La forma de valoració de la casta sacerdotal arranca de pressupòsits diferents: els impotents són els bons... Els personatges de la història universal que han odiat més, són els sacerdots.

Han estat els jueus aquells qui amb una conseqüència aterridora i amb els ullals d’odi més abismal —l’odi de la impotència— han gosat d’establir i de mantenir la inversió dels valors aristocràtics:

“Bons només ho són els desgraciats. Bons només ho són el pobres, els febles, els humils..., els desposseïts, els malalts, els lletjos. Només ells obtindran la felicitat eterna”.

Amb els jueus comença la revolta dels esclaus pel que fa a la moral...

¿És possible d'imaginar-se quelcom que sigui igual en força seductora, depravadora, a aquell símbol de la "creu sagrada", a aquella paradoxa escruixidora d'un "Déu clavat en creu"... i d'una autocrucifixió de Déu destinada a la salvació de l'home?

"Sub hoc signo", Israel ha anat triomfant sempre fins ara, amb la seva venjança i amb la seva inversió de tots els valors, ha anat triomfant sobre tots els ideals més nobles.

Friedrich analiza las dos morales opuestas. La *moral de los nobles* consiste en decir *sí*; por el contrario, la *moral de los esclavos*, nacida del resentimiento, vocifera *no*, y de esta suerte el *malo* pasa a ser el *noble*. Los débiles condenan al fuerte porque se comporta como fuerte y, al propio tiempo, se glorifican a sí mismos por comportarse como débiles convirtiendo, de esta manera, sus sentimientos de endeblesz y de flojera en virtudes importantes.

Llegado a este punto de mi estudio no pude menos que recordar al *Sermón de la Montaña*, a las *Bienaventuranzas*. Traigo el evangelio atribuido a un tal Lucas:

Dichosos vosotros los pobres...

Dichosos los que ahora pasáis hambre...

Dichosos los que ahora lloráis...

Dichosos vosotros cuando os odien y os expulsen y os insulten y propaguen mala fama de vosotros... (Lucas, 6, 20-22).

Verdad es que promete pasármelo bien en otro mundo, pero de éste nadie sabe nada con certeza. Es quimera, desvarío, fantasma consolador. ¡Ay, Freud!

Asimismo la moral de los señores y de los fuertes, que defiende Nietzsche, me remitió en seguida, *ipso facto*, a un texto del diálogo *Gorgias* de Platón que habíamos estudiado en la Universitat de Barcelona durante la carrera de filosofía. Reza del siguiente modo el escrito en cuestión, redactado entre los años 390 y 385 antes de Cristo:

Cacicles a Sócrates:

La naturaleza demuestra que es justo que el fuerte tenga más que el débil y el poderoso más que el que no lo es...

¿En qué clase de justicia se fundó Jerjes para hacer la guerra a Grecia? en que era más fuerte. Obró con arreglo a la naturaleza... Ciertamente, no con arreglo a la ley que nosotros hemos establecido, la cual modela a los mejores y más fuertes por medio de encantos y hechizos y los esclaviza diciéndoles que es preciso poseer lo mismo que los demás, y que esto es lo justo.

Si llegara a haber un varón apropiado, quebraría nuestros escritos engañosos y todas las leyes contrarias a la naturaleza...

Que las vacas y todos los demás bienes de los inferiores y débiles sean del superior y del más poderoso. (Gorgias, 483, d-484, c).

El día en que medité tales extremos fue un día de mala sombra, funesto, malhadado, infeliz. Mataban a mi madre con su Dios y su Jesucristo. Ahorcaban a Sócrates y a Platón, columnas vertebrales de mi biografía intelectual.

El fuerte debe poseerlo todo por la simple razón que es fuerte. Justicia natural. Pero los débiles, se han apretado unos cabe a otros y han inventado la justicia de la ley civil a fin de tener a los nobles dominados. ¡Monstruoso! clama Calicles y con él Nietzsche. La pretendida justicia inventada por los débiles es un engaño, una trampa, un ardid, que va contra la naturaleza, lo prístino y fundamental. La igualdad entre los seres humanos es antinatural; la justicia inventada por los míseros y maltrechos es fraude y embuste.

La *Genealogía de la moral* vino a contarme que ha habido dos historias de la moral: una adopta la perspectiva de los fuertes; es aquélla que se fía del valor de la naturaleza. La segunda, la de los débiles, reposa encima de la psicología de los resentidos, de los perdedores. La primera es moral de señores; la segunda, moral de esclavos, de miserables. La primera coloca la bondad, el *esthlos* griego, en la nobleza de aquello que preexiste a toda evaluación; el varón bueno, el de los relatos de Homero, es aquél que se mueve en la plenitud de su ser, no dejándose arrastrar por el deseo de negar al otro; es aquél que dice *sí* a él mismo con total naturalidad. Entre bueno y malo, el *señor* coloca distancia, jamás odio o venganza. Esto segundo lo inventan los débiles, los resentidos, los frustrados y vencidos.

La distinción entre *bien* y *mal* establecida por los superiores no es más que la prolongación natural de la autofirmación de los fuertes despreocupándose del otro, del

débil, del canijo y flojo. En cambio, la diferencia y oposición entre *Bien* y *Mal* traída por los débiles y perdedores arranca del resentimiento y del rencor, los cuales no pueden hacer otra cosa que acusar a los ganadores. Los impotentes crean valores basándose en el odio y en el resquemor. El *esclavo* no sabe ni amar ni admirar; no hace otra cosa que acusar y denunciar. El perdedor posee alma vil, bellaca.

¿Cómo ha resultado posible el triunfo histórico de la moral de los perdedores y enclenques?. Nietzsche me respondió en *Zur Genealogie der Moral* diciendo que una fracción de los *señores* intelectualizó —referencia a Sócrates y a Platón— las nociones de *bien* y de *mal* y de tal guisa hizo el juego a los esclavos. La casta sacerdotal de los judíos había hecho lo propio. El cristianismo seguirá sus pasos. El primer resentimiento decía: ¡*Es culpa tuya!*; la mala conciencia del cristiano grita: ¡*Es mi culpa!* Los débiles han dicho *no* a la moral de la afirmación consiguiendo su fuerza desde la debilidad y la negación.

¿Qué propone Nietzsche? una moral más allá del bien y del mal, una moral sencillamente afirmativa del individuo, el cual tiene que ser soberano.

¿El enemigo número uno de la moral del señorío? el cristianismo al cual califica de *metafísica de verdugo*. Quien más ha contribuido a desarrollar la miseria de la humanidad ha sido, según él, el cristianismo porque ha asegurado el triunfo de lo misérrimo por encima de lo naturalmente noble. La piedad y la caridad cristianas son sentimientos de gente degenerada. Ha dejado escrito:

Enseño a decir “no” a cuanto debilita y agota. Enseño a decir “sí” a todo aquello que inyecta fuerza y justifica el sentimiento de fuerza.

La justicia, asegura, es una cosa; el igualitarismo es cosa distinta. Conceder los mismos derechos a Napoleón Bonaparte y al primer borracho que se nos meta delante constituye una extravagante concepción de la justicia. Escribe:

Es preciso que los seres humanos superiores declaren la guerra al populacho. No se pierda de vista que los mediocres se unen en todas partes a fin de hacerse los dueños.

No sabía dar crédito a mis ojos a pesar de caer en la cuenta de que no podía colocar en el mismo plano a Einstein y al economista *set-ciències* o sabelotodo de un

café de pueblo, a Shakespeare y al golfillo que redacta novelitas de *pa sucat amb oli* o de vulgar bagatela, a Rembrandt y al pintorcillo de moco de pavo. El cristianismo habíame inculcado que todo ser humano es hijo de Dios, sea cual sea su condición. A lo que replica Nietzsche:

¡Permaneced fieles a la tierra!

Referirse a Dios y a otros mundos es vivir de monsergas aburridas y erróneas. Además:

Si hubiera dioses, ¡cómo iba a soportar, yo, no ser dios!

Pecado, culpa, sacrificio y *otro* mundo. No; esta secuencia inventada por San Pablo es mentira o prejuicio de mentes achacosas, malsanas.

Nietzsche, no obstante, defendió a Jesús a quien el cristianismo traicionó:

En el fondo no ha habido más que un cristiano, y éste murió en la cruz.

Cuando ahora redacto estos recuerdos de mi biografía intelectual se me ocurre pensar si los partidos de derechas derechas, ganadores en Francia y Holanda, no serán de alguna manera herederos del pensamiento de Nietzsche. Hoy, día 26 de mayo de 2014, están llevándose a cabo los comentarios de los resultados de ayer cara al Parlamento de Europa.

Descubro que la tesis del autor de *La genealogía de la moral* tuvo que discordar frontalmente de la tesis de Platón y la de su antecesor Parménides. Escribe el primero en su diálogo *Parménides*:

Distinción, separando, por un lado, ciertas Formas en sí, o Ideas Eternas, y poniendo separadas las cosas que participan de ellas.

“Este” gato, “ese” gato y “aquel” gato participan de la Forma, o Idea Eterna, de gato. Únicamente tal supuesto permite producir sentido lingüístico cuando hablamos refiriéndonos a un gato que vimos ayer. Según Platón, las Formas inteligibles —los conceptos— son modelos de las cosas sensibles. Este *lugar* donde residen las Formas

inteligibles no se halla ni en el espacio ni en el tiempo, pero ellas, las Ideas eternas de las cosas sensibles legitiman la verdad de un enunciado. Nietzsche considera que la distinción entre un mundo sensible imperfecto y un mundo inteligible perfecto comporta someter lo único real, lo cotidiano, a lo irreal y solamente supuesto. El cristianismo histórico me ha inscrito en el dualismo platónico.

En el diálogo *Crátilo*, Platón defendió lo mismo:

Diremos que hay algo bello y bueno en sí...

Consideremos la cosa en sí, no si hay un rostro concreto que sea hermoso.

Vamos a sostener que lo bello en sí es siempre tal cual es.

Nuevamente Platón divide “*lo-que-hay*” en dos ámbitos: “*lo-que-hay-cambiante*” y “*lo-que-hay-inmóvil*”, el primero sometido al segundo. Tal presupuesto fundamental queda rechazado por Nietzsche por considerarlo el hontanar de las desgracias humanas. El entendimiento no es el dueño de la imaginación. La Idea Eterna de honestidad, al no existir, no tiene derecho a dictar las acciones de los hombres. La práctica de cada día es cuanto hay.

Me preguntaba apenado: ¿y la verdad?. A lo que me replicaba él:

Glauben ist für wahr halten.

La verdad no es más que creer como verdadero algo, porque la voluntad así lo ha decidido. ¡!

Me quedé desarraigado, sin asidero alguno. Ni mi madre ni tampoco mi Metafísica. La postura metafísica —más allá de toda posible experiencia— de la teología cristiana habíame vertebrado; me palpé sin suelo encima del cual caminar seguro. En contra de Parménides —*No puede pensarse aquello que no existe*—, Nietzsche afirmaba tan tranquilamente: *Lo que puede ser pensado es necesariamente una ficción*. Ni tan siquiera los hechos existen; en realidad no hay más que interpretaciones y, aun esto, constituye una interpretación.

Es gibt Keinen Tatbestand an sich.

Para que un estado de hecho pueda darse, se requiere que con anterioridad se haya dado un sentido. Desubstancialización total. Nuestras apetencias y nuestros miedos constituyen las instancias que interpretan al mundo circunstante; es decir, nuestra esfera pasional e instintiva es la fuente de todo. Dejó escrito:

Der organische Prozess setzt fortwährend Interpretation voraus.

Aserto que podría traducirse: *Los procesos orgánicos presuponen constantemente la interpretación. De entrada, bíos y pathos.*

¿Nada hay que sea permanente? la permanencia de algo es una invención del lenguaje. Luchar contra la Metafísica es lo mismo que luchar contra la gramática de los pueblos occidentales.

Tuve la sensación que Nietzsche me invitaba a volver a la inocencia paradisiaca anterior al pecado. Hay que vivir sin la culpa.

Sócrates asesinó a Dionysos, el cual defendía la afirmación y la sinceridad del instinto. Con Sócrates ingresó la decadencia humana ya que, con él, sólo lo racional es bueno. La virtud es saber. La voluntad de verdad destruye la vida. La ciencia, por ejemplo, reposa sobre la creencia en un mundo diferente al mundo de la vida, un mundo mejor que éste. Esto implica odiar a la vida; es voluntad de muerte.

Con las lecturas desordenadas que llevé a cabo de las obras de Nietzsche alcancé un grado de despiste, de ofuscación y de embarullamiento considerables. Un norte, no obstante, me guió: no trasladar a mis cursos de Filosofía de la Educación el desbarajuste intelectual y pático en que vivía. Mis alumnos merecían respeto. ¿Por qué? porque así me dio la gana. Esto me entristecía a la vez que me irritaba como así mismo me forzó a buscar soluciones de emergencia. ¿Encontré alguna? sí, la *Moral provisional* de Descartes. Éste al no poder deducir las normas morales de algo evidente y estando seguro de que:

Podrán pasar muchos siglos antes de deducir, de los principios indiscutibles, todas las verdades morales posibles;

y dado que la vida no espera y que la acción urge, se inclinó por tener provisionalmente fidelidad a las costumbres y opiniones más probables. Algo parecido llevé a cabo con mi alumnado de la Universidad.

Entre los libros considerados así, al buen tuntún, leí *Ecrits posthumes 1870-1873*, editados por Ed. Gallimard en sus *OEvres philosophiques complètes* (París, 1975). Leía como quien no quiere, pero leía de todas maneras. No trabajé a Nietzsche con la seriedad y la competencia con que lo llevó a cabo Heidegger con su *Nietzsche I y II*, autor al que dedicó sus cursos universitarios desde 1935 hasta 1940. Mi desorden, empero, no me ahorró quebraderos de cabeza y de corazón que me tuvieron en vilo por espacio de años. Incluso ahora, al final de mis días, noto en mí un poso nietzscheano agridulce.

Tomé la decisión de leer, entero, un último libro de Friedrich Nietzsche: *Also sprach Zarathoustra*. De improviso me asaltó la idea de que el *Carpe diem* de Quintus Horatius Flaccus (65-8 a.C.) —*Horacio*, decimos— resumía la filosofía de Nietzsche. Había cumplido, yo, los 17 años cuando trabajé con seriedad la *Epístola ad Pisones* redactada en el 13 antes de Cristo al entrar, Horacio, en la vejez. Aquel latín me pareció endiablado. Asimismo, del mismo Horacio, abordé alguna de sus *Odas*, concretamente las contenidas en el primer libro de odas, publicadas en el año 23 a.C.. En oposición a Virgilio (70-19 a.C.), nacido en el norte, Horacio es un meridional de la Apulia, un apasionado. ¿Cómo me las arreglé con aquel latín, para mí hartamente embrollado? salí airoso gracias al magnífico profesor de lengua latina, el escolapio Joan Comellas quien puso, en mí, sólidas bases de latín y de literatura latina cuando inicié mi formación escolapia en la villa de Moia.

En el primer libro de *Odas* topé con el *Carpe diem* (11, 8), un grito sin duda epicúreo aunque en modo alguno vulgar; no es cuestión de un placer cualquiera, sino de descubrir el placer en el mismo hecho de vivir, de vivir libremente desde la propia intimidad.

El verbo latino *cárpere* significó: “tomar”, “coger”, “gozar”, “consumir”. El *Carpe diem* podría, pues, traducirse así: *Coge el día de hoy*, como si a uno le dijeran: “Coge la rosa del jardín”.

Horacio —él sabía griego— quiso trasladar la poesía de Píndaros (518-444 a.C.) a Roma buscando la perfección de la forma que el poeta griego había alcanzado. Horacio escribe de Píndaro, en *Odas* (4, 2, 12), que los versos de éste son *lege solutis* —“libres de leyes”—. La precisión de las poesías de Horacio no disminuía, sin embargo, su vida epicúrea; así en carta a su amigo Tibulo se califica de:

Epicuri de grege porcum.

(“Credito de la piara de Epicuro”)

Le gustaba a Horacio:

Ridentem dicere verum.

(“Decir la verdad riendo”)

Uno de los lemas de Horacio le cuadraría a Nietzsche; reza de esta manera:

Metiri se quemque suo modulo.

(“Que cada uno se mida con arreglo a su propia medida”)

Con el talante horaciano me metí en el libro *Así habló Zaratustra*. Lo primero que busqué fue la estructura de la obra. Todos los libros consultados se referían a la organización siguiente:

Primera parte:

Zaratustra quiere traer nuevos valores a los seres humanos, valores que no caerán del cielo por la simple razón que *Dios ha muerto*. Zaratustra no dicta valores; ésta es tarea que incumbe a cada uno. ¿En base a qué crearlos? en función de dos directrices: *superarse* y *fidelidad a la tierra*. El cuerpo, la carne, será la *Razón* que dirigirá al hombre.

Segunda parte:

La *voluntad de poder* nos empuja a crear valores cada vez más altos, más ensalzadores de la vida. ¿Enemigos que nos barrarán el paso? los predicadores de la compasión y de la igualdad. Curas y políticos y la chusma y cuantos, con ellos, odian a la vida.

Tercera parte:

Zaratustra evoca el pensamiento del Retorno. Al primer intento se desmaya, pues que vuelva eternamente el mismo hombre, el ser humano de siempre, es un modo de caer en el nihilismo. No, no es eso el Eterno Retorno; éste implica la superación constante, un entregarse sin desmayo a la vida, a la de todos los días. Al fin y al cabo, el

gozo, el disfrute, la alegría, exigen la eternidad. Sólo de esta guisa morirá, de una vez, la metafísica.

Cuarta parte:

Es necesario superar el último gran pecado: la *compasión*. Zaratustra quiere entregar la salvación, que encierra la idea del Eterno Retorno, a los hombres superiores amenazados por el nihilismo, pero éstos huyen espantados por la enseñanza de Zaratustra. El sabio sale entonces a la búsqueda de sus verdaderos discípulos.

Las tres primeras partes se publicaron en 1883 y 1884. La cuarta parte no salió hasta 1885.

¿En qué espacios ideó y escribió este poema que contiene tesis filosóficas inéditas? En Rapallo, cerca de Génova, en la cantarina *Riviera di Levante*. Sils-Maria —Suiza— y Niza configuran otros lugares donde toma forma *Also sprach Zarathustra*.

Comencé la lectura y, de inmediato, tuve una sospecha. Se inicia así el texto:

Cuando Zaratustra tenía treinta años abandonó su patria y el lago de su patria y marchó a las montañas.

¿Sería, el libro, un antievanglio sirviéndose del mismo estilo bíblico? Sin tardanza fui a los evangelios. He aquí como el sinóptico *Lucas* habla del comienzo de la vida pública de Jesús de Nazareth:

Éste era Jesús, que al empezar tenía treinta años, y se pensaba que era hijo de José, que a su vez lo era de Helí...

...el de Set, el de Adán, el de Dios (Lucas, 3, 23-38).

Zaratustra contaba la misma edad de Jesús cuando uno y otro iniciaron su vida de predicadores.

El padre de Nietzsche fue pastor protestante que dirigía las lecturas bíblicas y la plegaria en el templo luterano que se encontraba cerca de la casa familiar. Friedrich no sólo asistió a las ceremonias religiosas, cuando niño, sino que además contaba, a pedir de mano, con la *Biblia* que Lutero había empezado a traducir en 1521 poniéndola en un alemán modélico. Las citas explícitas y a veces implícitas que Nietzsche hace de la Biblia están sacadas de dicha versión de Lutero.

Jesús dijo:

Os han enseñado que se mandó: “Ojo por ojo, diente por diente”.

Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir el sol sobre malos y buenos (Mateo, 5, 43-45).

A esto Zaratustra contrapone el texto siguiente:

¿Amar a quienes nos desprecian y tender la mano al fantasma cuando quiere causarnos miedo?

Con todas estas cosas, las más pesadas de todas, carga el espíritu paciente: semejante al camello que corre al desierto con su carga, así corre el paciente a su desierto.

En este discurso *De las tres transformaciones*, Zaratustra invita a dejar de ser camellos cargados a fin de mudarnos en leones luchadores y, finalmente, en niños que lo comienzan todo porque parten de nada.

El león no es aún capaz de crear valores nuevos, pero sí es capaz de crearse libertad para un nuevo crear...

¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse en niño? porque el niño es inocencia y olvido; por tanto es comienzo nuevo, un primer movimiento, un santo “decir sí”.

Zaratustra predica valores nuevos: en vez del “no-a-la-vida”, propio del platonismo y del judeocristianismo, el viejo Zaratustra lanza el grito de “sí-a-la-vida”.

En el evangelio de Mateo se lee:

Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen (Mateo, 5, 44-45).

A lo que Zaratustra opone:

Si os maldicen, no me agrada que queráis bendecir.

El grito de Jesús es:

¡Ay de los que ahora reís, porque vais a lamentaros y a llorar! (Lucas, 6, 25).

Y Nietzsche por boca de Zaratustra:

Aprended a vivir y a amar la vida, y, además, a reír.

En oposición a la enseñanza de Jesús:

Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres (Juan 8, 32).

Zaratustra se despacha así:

El querer hace libres.

En los *Hechos de los Apóstoles*, Pablo de Tarso pone en boca de Jesús la sentencia siguiente:

Hay más dicha en dar que en recibir (Hechos, 20, 35).

A lo que responde Zaratustra, portavoz de Nietzsche:

No conozco la felicidad del que recibe; pero a menudo he soñado que robar tiene que ser más dichoso que dar.

Jesús se apareció a las Once y echándoles en cara la incredulidad en su resurrección, les dijo:

El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará (Marcos 16, 16-17).

Zaratustra, en cambio, se pronuncia en contra de este tipo de fe:

El discípulo respondió: “yo creo en Zaratustra”.

Entonces Zaratustra movió la cabeza y sonriendo dijo: “La fe en mí no me hace bienaventurado”.

La madre y los hermanos de Jesús se presentaron mientras éste estaba hablando y al decirle alguien que querían conversar con él, Jesús se despachó de la manera siguiente:

El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es hermano mío y hermana y madre (Mateo 12, 50).

A lo que Nietzsche, a través de su portavoz, replica:

Yo soy Zaratustra, el ateo:

¿Dónde encuentro a mis iguales?

Mis iguales son todos aquellos que se dan a sí mismos su propia voluntad apartando, de sí, toda resignación.

Y aquella bienaventuranza que Jesús anuncia a sus discípulos:

*Dichosos vosotros los pobres,
porque tenéis a Dios por Rey (Lucas 6, 20).*

queda en manos de Nietzsche estrujada de la forma siguiente:

Ya no es verdad que los pobres sean bienaventurados. El reino de los cielos está entre las vacas.

Encontrándose Jesús en el desierto, el diablo lo tentó, hambriento como estaba, aquél, después de un largo ayuno, diciéndole:

—Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.

Jesús le contesta:

“No sólo de pan vive el hombre, sino también de todo lo que diga Dios por su boca” (Mateo 4, 3-4).

La respuesta de Nietzsche es sarcástica si tenemos presente que, para los cristianos, Jesús es el Cordero que salva a la humanidad:

¿Pan? —replicó Zarathustra y se rió—. Justamente pan es lo que no tienen los eremitas. Pero el hombre no vive solamente de pan, sino también de la carne de buenos corderos, y yo tengo dos. A éstos debemos descuartizarlos en seguida y prepararlos con especias, con salvia: así es como a mí me gustan.

No hay que decir que *Also sprach Zarathustra* me dejó des-almado, des-animado, alicaído, melancólico. Me rompió la columna vertebral, y cada cual tiene la suya; la mía era cristiana. Había imaginado salir ligero y con la risa en la boca, de la lectura de Nietzsche. No fue así. Éste dejó escrito:

Dios ha muerto de piedad y de compasión. No pudo soportar que su hijo pendiera de una cruz.

A Nietzsche le resbalan todas las categorías de verdad existentes porque el único que le importa es lo que queda por decir. Contundente en *Jenseits von Gut und Böse* (*Más allá del Bien y del Mal*):

Todo lo que es profundo busca carátula.

Por este motivo afirma en *Götterdämmerung* (*El crepúsculo de los ídolos*):

Me malvío de los “Systematiker” (“gentes de sistema”) y los evito. La voluntad de sistema denuncia la falta de honestidad.

No extraña que confiese con Spinoza:

No amamos aquello que deseamos, sino al deseo (Más allá del Bien y del Mal)

¿Acaso Nietzsche vuelve al filósofo griego Empédocles —Empedokles— de Agrigento (496-435 a.C.), y a su *Peri physeos*, a quien estudié en la Universitat de Barcelona?. Los conocimientos adquiridos me han servido indefectiblemente para

afrontar los nuevos; esto me produce cierta seguridad. El universo se mueve cíclicamente. Empédocles:

Doble es el nacimiento de las cosas mortales, doble su decadencia... Pero dominan sucesivamente en los círculos del tiempo.

Deseaba ya dejar a Nietzsche aunque no podía menos que confesarme que, sin duda, no había sabido desentrañarlo. ¿Cómo acabar? si llegué a Friedrich gracias al *Holzwege* de Heidegger, ¿no sería prudente despedirme de él con el mismo autor, el cual publicó en 1961 dos volúmenes con el título *Nietzsche*? Conseguí la traducción francesa llevada a cabo por Gallimard (París, 1971). No tenía la intención de analizar el texto sistemáticamente; sólo quise despedirme de Nietzsche de manera elegante en vez de hacerlo con un portazo que podía arrastrar consigo cristales rotos.

Los cursos universitarios de Martin Heidegger entre 1935 y 1940 fueron consagrados exclusivamente al pensador de Röcken. Y Heidegger es una cabeza potente y no cabeza de chorlito embutida de *twitter* y de *facebook*. Ya no recuerdo quien fue, pero el tal me desaconsejó la lectura del *Nietzsche* de Deleuze, que P.U.F. editó en 1965, advirtiéndome que solamente Heidegger ha acertado al leer a este autor relacionándolo con la abolición de la metafísica. Cuando devolví los dos volúmenes heideggerianos me dije que había valido la pena.

Entre 1910 y 1914, siendo un estudiante de 21 años, Heidegger leyó *Der Wille zur Macht* (*La Voluntad de poder*), obra atribuida a Nietzsche y que arranca de notas de éste. ¿Resultado? Martin supera la filosofía tomista en la que se había formado, abandona al catolicismo, se convierte al protestantismo y se casa con Elfriede, una cristiana protestante. ¿Aviso para navegantes como yo? proseguí, no obstante, leyendo seriamente retazos del escrito de Heidegger.

Me remansé en el capítulo 6 del *Nietzsche-I* donde Heidegger descubre que el autor estudiado aborda la *Leitfrage* —la “cuestión conductora”—, la cual no es otra que el *ser* del *ente*. Nietzsche, por consiguiente, aparta la *Grundfrage* —la “cuestión fundamental” de la metafísica—. La *voluntad de poder* constituye la esencia de todo ente; la existencia de éste queda pensada como *Eterno Retorno*. Todo esto vuelve plausible una frase de Nietzsche en *Jenseits von Gut und Böse* refiriéndose al hombre:

Das noch nicht festgestellte Tier.

(El ser humano es un animal no fijado todavía)

La perspectiva de Heidegger sobre Nietzsche no es la de un literato, como sí lo fueron las perspectivas tanto del francés André Gide como del austríaco Robert Edler von Musil. Heidegger lo mira como filósofo que él es.

Liquidados todos los substantivistas, los cuales fantasean inexorablemente un algo detrás de lo que nos aparece. ¡Falso!, gritará Nietzsche. Contamos solamente con aquello que se presenta —y en presente— a los sentidos. Immanuel Kant, por ejemplo, al suponer que tras el *fenómeno* resiste con solidez el *noúmeno*, yerra y se engaña; vamos, la marra. El pensador de Königsberg en *Kritik der reinen Vernunft* había sentenciado:

Cuanto existe con reciedumbre es substancia o bien una determinación inherente a ésta. Todo aquello que es contingente existe como efecto de otra cosa.

Lo que es aparente —lo que aparece— tiene que ser forzosamente apariencia de otra cosa. Todos los metafísicos han sostenido este aserto, desde Platón hasta Kant pasando por Tomás de Aquino. Nietzsche se cerró de banda a este presupuesto gratuito, infundado y arbitrario.

En *Nietzsche I* —versión francesa— Heidegger se interroga de la forma siguiente:

Notre question est de savoir ce qu'il en est du "monde apparent" lequel demeure encore après la suppression du "monde vrai". Que veut dire ici "apparence"?

Interrogante preciso y contundente. Inteligir a Nietzsche consiste en dar respuesta adecuada a esta pregunta. El propio Friedrich apunta la salida cuando asegura que lo importante es:

Ver cómo el "mundo verdadero" se vuelve fábula, cuento.

¿Dos mundos, el aparente y el verdadero? no. Únicamente contamos con el primero de los dos. A fin de dar en la diana es necesario asesinar al griego Parménides

(544-450 a.C.) y, en cambio, salvar al también griego Heráclito o Herakleitos (520-460 a.C.). ¿Por qué razón abrazarse a este filósofo de Éfeso? porque, sostiene Nietzsche, el *ser* es una ficción, *eine leere Fiktion*. Lo de bulto, lo realmente real, no es otra cosa que el “mundo-de-las-apariencias”, el “mundo-que-pasa”. Únicamente los decadentes y decrepitos se agarran a un segundo mundo que jamás nadie ha visto ni tocado. ¿Cómo vamos a comprometernos con un mundo desconocido?

En *Así habló Zaratustra* no sólo se mantiene en sus trece, sino que a más de esto da un paso adelante:

Hemos abolido el “mundo-verdadero”; ¿qué mundo queda? ¿tal vez el “mundo-de-las-apariencias”?... ¡De ninguna manera! ¡Al liquidar al “mundo-verdadero” hemos anulado al “mundo-de-las-apariencias”!

Ciertamente. El “mundo-de-las-apariencias” no era más que el negativo del “mundo-verdadero”; ¿qué resta una vez suprimido éste?. Una vez más Heidegger formula la cuestión así planteada con meridiana claridad. Escribe en *Nietzsche-I*:

¿Qué sucede cuando se liquida al “mundo-verdadero”?

¿Acaso puede, entonces, sostenerse solito el “mundo-de-las-apariencias”? ¡De ninguna forma! El mundo aparente se aguanta en tanto que contrapartida —“Gegenstück”— del mundo verdadero. Si éste desaparece, no queda más remedio que quede abolido al mismo tiempo el mundo aparente. Sólo de esta guisa, por otra parte, se supera al platonismo. Pues ¿sobre qué firme podría apoyarse y quedar de pie el mundo de las apariencias? ¿con qué razonamiento filosófico?

Solamente con la ayuda de Heidegger caí en la cuenta de la gravedad de la situación lógico-epistemológica en que me había colocado el demente Nietzsche. La locura terminal de éste, entre 1889 y 1900, año de su fallecimiento, ¿podría explicarse existencialmente por el atolladero y estancamiento mentales en que se descubrió metido?. Resulta más fácil, me decía yo, vociferar ¡*Dios ha muerto!* que resolver la problemática que queda planteada con tal alarido. ¡Nada hay Absoluto! ¡Todo es relativo, incluido este aserto!. Bien, y ahora ¿qué? y, sobre todo, ¿por qué este qué?.

Me sentí cómodo, a pesar de mi biografía, con el ¡*Dios ha muerto!*, pero también yo me palpé en aquel momento interpelado por un problema severo de

fundamentación, sí de fundamentación del pensar y del actuar. ¿Puede todavía, uno, referirse a *verdad*? y, personalmente, ¿por qué razón sólida tenía, yo, que ser *bueno*?. Lo de *guapo* —el *Kállos* griego, la hermosura—, lo de majo, no me mordisqueaba en especial. En cambio, la *alétheia* griega, la *véritas* latina; el *agathós* griego, el *bonum* latino; tales conceptos mayúsculos me tenían atrapado no atinando a cómo salir del atasco y del aprieto, no sólo intelectuales, mas igualmente vitales, existenciales.

El concepto de *fenómeno*, acuñado por Kant, una vez generalizado por Nietzsche se muda en la *apariencia*. Detrás del fenómeno Kantiano latía, recatado, el *noúmeno*, la “cosa-en-sí”; tras lo aparente nietzscheano está ¿qué?; ¿nada?. Sería muy poco, muy escaso. Y ¿quién se mantiene encima del taburete de nada?

¿Coinciden *ser* y *aparecer*? esto da a entender Nietzsche. Montaigne ¿no se inscribió igualmente en esta perspectiva?. Suprimido el mundo de las apariencias ¿qué permanece, queda o subsiste? imaginé que Friedrich me respondía: pues quedan las *apariencias* en tanto que son, y sólo son, *apariencias*. ¿Apariciones, aspectos, semblantes, fantasmas, espectros, sombras y ninguna otra cosa? ¿sin nada detrás, como no sea esta *nada*?

En eso caí en la cuenta de que Protágoras (siglo V a.C.), el filósofo griego de Abdera en la costa de Tracia —sudeste de la península balcánica—, ya sostuvo algo muy afín con aquella frase harto conocida:

Panton khrematon metron estin ánthropos.

(Cada hombre es la medida de todas las cosas)

Estudí a este autor en la Universitat de Barcelona en los años 50 del siglo pasado; aquellos días me burlé de él, con Nietzsche me lo tomé en serio.

¿Todo acaba en su *phainesthai*, en su mero hecho de aparecer?. Las cosas aparecen para mí, así son para mí; y tal como aparecen para ti, así son para ti. ¿Empirismo? ¿perspectivismo? ¿relativismo?. El hombre es *medida* porque cada ser humano mide, delimita lo presente de lo que no está presente. La *alétheia* se ha arrugado, se ha encogido, y ya sólo es verdad de la presencia de lo presente. Solamente hay apariencia. ¿Será esto la *voluntad de poder* de Nietzsche?. Seguro que éste quiere convencernos de que nada precede al *decir*; en claro: no hay otra cosa que el mero *decir*. Todos los decires valen lo mismo; es decir, nada valen porque nos descubrimos huérfanos de fundamentación tanto del pensar como del obrar. Las apariencias, o

apariciones, son apariencias ¿de qué?, de nada. No me sorprendería que Nietzsche hubiera escrito:

Una lengua, un lenguaje, no expresan otra cosa que relaciones... La noción de "verdad" carece de sentido.

En los años 50, del siglo XX, estuve leyendo a José Ortega y Gasset (1883-1955); pues bien, al abordar a Nietzsche me acordé de él. Concretamente de su perspectivismo, esbozado en el capítulo X —*La doctrina del punto de vista*— del libro *El tema de nuestro tiempo* (1955). Escribí:

La realidad cósmica es tal que sólo puede ser vista bajo una determinada perspectiva. La perspectiva es uno de los componentes de la realidad.

El tema de Dios configura un asunto que me ha perseguido invariablemente. Pues bien, Dios, el elaborado por el judaísmo, el cristianismo y el islam, no tiene cabida en el pensamiento de Nietzsche porque éste despedazó a la metafísica. Me chocó en el primer momento lo que Heidegger deja escrito en *Chemins qui ne mènent nulle part* —*Holzwege* en el original alemán—:

La notion de Dieu, comme valeur suprême, est le véritable "meurtre de dieu".

Heidegger defendió el carácter *a-teológico* e incluso ateo del discurso filosófico. El filósofo, en cuanto que filósofo, no puede creer religiosamente porque no puede partir de la eternidad como hicieron Agustín de Tagaste y Tomás de Aquino. ¿Por qué razón? porque no se da experiencia fenomenológica de la eternidad. La investigación filosófica es, de suyo, atea. Nietzsche, el de sus libros, ¿cree en Dios?. Sí; en el dios Dionysos, dios griego de la viña, del vino y del delirio extático. ¿Qué le enseñó esta divinidad helénica a Friedrich Nietzsche? que el ser humano tiene que descubrir aquello que de divino hay en él en la medida en que el hombre le dice *sí* a la vida y a la tierra.

Aquí ultima el recuerdo de mi viaje por tierras nietzscheanas. Tuvo momentos horribles, vividos desamparadamente. ¿Qué resta de todo aquello? un acrecentamiento de la hesitación intelectual y un aferrarme con ímpetu y conscientemente a la persona de

carne y de hueso que me ama y a quien amo. La verdad no nos hace libres; ¿por qué? porque no la tocamos. El amor consciente encarnado, no el embrujo, nos libera; ¿por qué? porque se palpa y se huele. ¿Y de todo el resto? desconocimiento e incompetencia.

Iba a concluir así, pero ¡hete aquí! que de golpe y porrazo di, entre mis papeles, con uno que me ha recordado que en julio de 1952 hice la ascensión del Pico de Aneto —3.404 metros— con un guía de Benasque o Benasc, concretamente de la Casa Sayó. En el papelito en cuestión se dice: *He leído, entusiasmado, el Salmo CXX una vez superado el Paso de Mahoma, una arista muy estrecha de 30 metros de longitud.* Ahora he vuelto al salmo, al 121 o al 120, según la numeración seguida:

*Levanto mis ojos a las montañas.
De éstas desciende mi auxilio.
Mi socorro viene de ellas.
Mi ayuda procede de Yhwh,
aquél que compone cielos y tierra.
Él jamás hará que tu pie tropiece
ni que se duerma aquél que te guarda.
El protector de Israel no se adormece.
Yhwh es quien te ampara,
Él te guarda a su sombra; está a tu derecha.
Y esto desde ahora y por siempre.*

Pero en 1916 un rayo mató a Josep Sayó, de Benasc, y al alemán Adolf Blassa mientras atravesaban el Paso de Mahoma, de regreso ya. Yo, por la tarde del día de mi subida al Aneto, de vuelta ya al refugio de la Renclusa, situado a 2.140 metros de altitud, saboreé de nuevo el salmo 120, sacado de los *Tehillim* —título hebreo de los *Salmos*—. El Octavi Fullat de 1952 no coincide del todo, ni con mucho, con el actual. Pero sigo respetuosamente atento a la memoria milenaria colectiva que me hace inteligible, a mí, pobre hombre, del cual el *Eclesiastés* cuenta:

*Como salió del vientre de su madre,
así volverá: desnudo.*